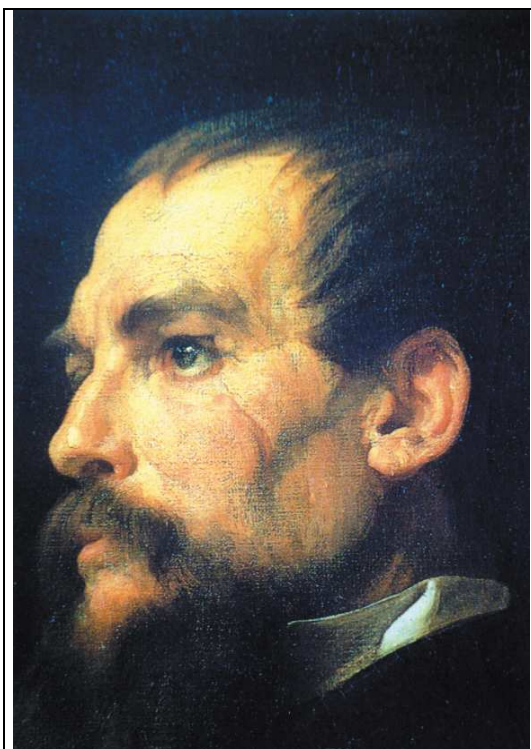


A SANTA CRUZ, LA LAGUNA Y LA OROTAVA

Richard Francis Burton y Verney Lovett Cameron



Richard Francis Burton

Cuando en 1865 dejé la costa occidental del continente africano, el tráfico marítimo estaba monopolizado por la *African Steam Ship Company* (A.S.S.), con una ruta mensual establecida en 1852 por el difunto MacGregor Laird. En 1869 los señores *Elder, Dempster and Co.* de Glasgow inauguraron la *British and African* (B.A.) para repartirse el botín. Esta última tenía 19 barcos incluyendo dos en construcción. Ésta hubiera podido comerse a su decrepita competencia, la *African Starvation Steamers* (A.S.S.). Pero este proceso hubiera generado un serio conflicto. Ambas líneas salían de Liverpool los sábados alternos y llegaban a Funchal (Madeira), con la normal impuntua-

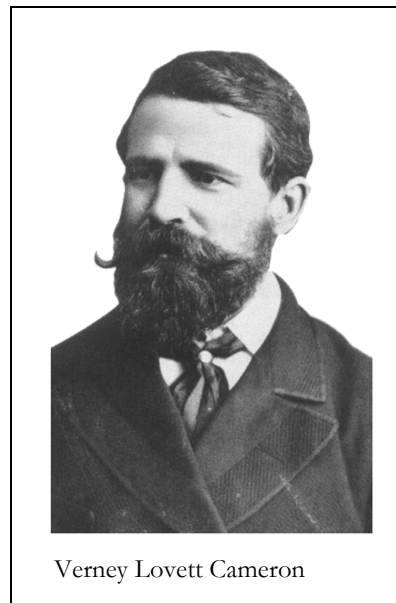
lidad, entre los viernes y los domingos. Esto era tremendamente lento, pues la duración de la travesía era sólo de cuatro días, como sucedía con la *Union S.S. Co.* O con la comfortable *Castle Line*, es decir, los vapores que se dirigían a El Cabo.

Yo viajaba en el *Senegal*, un vapor de la *British and African*. Era un barco de mercancía de la costa occidental de África “mejorado”, aunque las “mejoras” afectaron más a los bolsillos de los accionistas que a la comodidad de los pasajeros. Los camarotes habían mejorado. Pero al amplio salón, muy viejo, aunque bien iluminado y cómodo, se le había privado de su espaciosa proporción anterior por la conversión de parte de su superficie en una bodega. porque lo han convertido en una bodega. Los camareros solían enfermarse cuando intentaban bajar a la cerrada y bochornosa mina bajo el suelo. En la medida en que no había compartimiento de equipajes, se depositaban en la popa las cajas y las bolsas. Eso impedía la entrada de luz y la circulación de aire. Los compartimientos de popa, antiguamente ocupados por sofás y mesas, estaban ahora ocupados por barriles y cestos. En este mismo lugar el médico de a bordo tenía instalado su botiquín. Entre otras desventajas nos encontrábamos con el hecho de que en la cabina principal se formaba una especie de malaria cuando se lavaba cada noche. El hielo que se suministraba a los pasajeros se vendía o se guardaba para los que llevaban más carga. Sin embargo, el cocinero era bueno, la comida era abundante y los vinos no eran

malos. El personal era educado y los oficiales solían prestar su compañía a los pasajeros.

Las dos líneas eran mercantes. No se ataban a horarios. Llegaban con frecuencia una semana más tarde y hacían escala donde hubiera demanda. Los fletes eran elevadísimos. £3 por mercancías finas y un mínimo de 36 chelines por tonelada, cuando normalmente 15 chelines serían suficientes. La entrada de la *White Star Line* amenazaba competencia. Esperábamos que cuando las minas de oro prosperasen, tendríamos nuestros propios vapores, donde el pasajero tendría mayor consideración que el tonel de aceite de palma. Pero los futuros rivales debían de tener cuidado. Encontrarían una oposición sin escrúpulos y deberían tener tripulaciones americanas, pero en ningún caso marineros de Liverpool.

Durante la noche y el día siguiente el clima en alta mar era delicioso. A medida que avanzábamos se tornaba más suave y apacible. Aquí la luna, en lugar de aparecer bajo un brillo plateado, aparecía bajo un color dorado. El alba y el crepúsculo estaban llenos de resplandor. La débil luz del planeta Venus destellaba sobre la mar púrpura. El Teide –dos millas y media de alto– se elevaba sigilosamente. Los viajeros comentaban que desde Madeira –a 260 millas de distancia– se divisa su silueta. Pero esto solo hubiera sido posible si ambos puntos hubieran tenido 15.000 pie de altitud. El límite de visión para objetos terrestres en las condiciones más favorables no excede de las 210 millas. Aunque en este caso no era difícil de explicar la imposible distancia de 200 millas en lugar de 120. En realidad solamente se trataba de un espejismo o reflexión, ya que la convexidad de la Tierra no permitía su visión.



Verney Lovett Cameron

Lo primero que divisamos de Tenerife era un mar de nubes bajo y regular salpicado de burbujas de nubes blancas. Una pirámide, en esta época blanca como la nieve, mostraba su punta en forma de Gnomon. Poco a poco los perfiles se hacían más claros hasta que definitivamente El Teide se nos mostró como un dedal sobre un cojín –o la cumbre, la parte alta de la llanura de piedra pómez–. Pero el aspecto variaba según te acercabas a la isla desde el norte, el sur, el este o el oeste.

La espléndida luz zodiacal se mostró espectacular la noche del 9 de enero. La pirámide exhibía el ardor de un hemisferio ardiente. La base del triángulo, ligeramente esférico, medía de 22° a 24° y se elevaba a 6° de Júpiter. La reflexión en el agua era perfecta e iluminaba con brillante distinción todo el horizonte oriental.

A las 7 de la mañana del día siguiente pasamos el nudo de Anaga –por cierto, muy montañoso y escarpado– la manga de la isla de Tenerife.

Anclamos en la bahía de Santa Cruz. Tomamos un bote y nos acercamos apresuradamente al desembarcadero. Las paradas en los muelles tardaban antiguamente alrededor de tres días. Sin embargo, los negocios se hacían ahora en tres horas. En el momento de subir a bordo la última carga, el capitán te informaba que “arriba va el ancla”. Esta economía de tiempo era una gran ventaja, que daba más satisfacción al pasajero que al viajero que deseaba ver el mundo.

El contraste entre la verde *Silvania* Madeira y el árido paisaje del nordeste de Tenerife fue brusco. Sin embargo, más brusco era el contraste entre la condición estacionaria de la primera comparada con los evidentes signos de progreso de la última. España, bajo la influencia de leyes anticlericales y un pequeño período republicano, había despertado después de mucho tiempo de su sueño ancestral. Así pues, notamos los efectos de su desarrollo, incluso en estas colonias. Un castillo rojo se había añadido a la ciudadela en la parte norte y donde se proponía hacer un muelle para formar una bahía con el lado sur. Se mostraba entonces la ciudad triangular, cuya hipotenusa estaba sobre el mar, mirando al este. Su principal fallo era haber sido diseñada a tan pequeña escala. El embarcadero, aún en construcción, era de unas 500 yardas. Noté un considerable crecimiento de edificios, especialmente en la calle la Marina y otras oficinas relacionadas con el puerto franco. El viejo castillo rosado de San Cristóbal todavía estorbaba la raíz de la escollera, pero incluso los menos sentimentales nunca pudieron esperar que los vasallos arrasasen tan histórica construcción. Este era el lugar donde Alonso Fernández de Lugo construyó su torre cuando ocupó la isla el 3 de mayo de 1493. A la vez, le dio el nombre cristiano de Santa Cruz en sustitución del nombre guanche de Añaza. Mientras tanto, la rambleta de Ravenet, fechada en 1861, antiguamente un jardín polvoriento, deslumbrante e insípido como el viejo Florián de Malta, tenía ahora bancos, hermosas plataneras de adorno y tamarindos, una estatua, una fuente y habitualmente una familia gitana. A su lado corría un tranvía que transportaba los enormes bloques de cemento para la construcción del muelle. El interior de la ciudad también tenía un nuevo palacio, un nuevo hospital y algunas otras mejoras.

La larga y aburrida hilera de viviendas sin humos y sin sombras era para mí muy triste. En una veintena de años habían desaparecido todos mis amigos. La amable señora Nugent, conocida como la almiranta, y su encantadora hija yacían en el cementerio inglés. El hospitalario cónsul Mr. Grattan¹ también se había esfumado de entre los vivos. El cónsul francés M. Berthelot,² que hizo sus publicaciones gracias al difunto Mr. Webb,³ había

¹ N.T.Henry Coley Grattan, cónsul inglés en Tenerife desde 1863 hasta 1870.

² Sabin Berthelot, cónsul francés que nació en Marsella en 1794, y desde que vino a Tenerife (1820) no la abandonaría hasta su muerte en 1880. En 1828 en colaboración con el botánico inglés Philip Barker Webb realizó la monumental obra la *Histoire Naturelle des Îles Canaries*, dividida en tres partes en un total de nueve volúmenes. Es además autor de una gran cantidad de ensayos sobre las islas de obligada referencia para el estudio antropológico, etnográfico e histórico de las Islas Canarias. Como buen naturalista realizó varias excursiones al Teide, siendo la primera en julio de 1827 con el cónsul inglés en Tenerife Coleman McGregor

pasado a mejor vida en 1880. Uno de los hermanos Richardson había muerto. El otro se había convertido en un oficinista. Así pues, la fonda inglesa se había transformado en la sede del consulado británico. El nuevo hotel del señor Camacho y su esposa inglesa parecía bastante cómodo, pero no tenía ninguna de esas cosas que hacían de la vieja fonda familiar una especie de hogar. Sin embargo, encontré al cónsul Mr. Dundas –mi sucesor en el puerto de Santos (Brasil), lugar donde pocos han escapado con vida– y a su esposa, una hija de un amigo anglobrasileño.

Entre 1860 y 1865 visité Tenerife en muchas ocasiones. Ahora estoy obligado a transcribir unos pocos extractos de mis voluminosas notas sobre varios temas, especialmente sobre la población guanche y la ascensión al Teide. Una breve historia de los infelices cabreros bereberes parlantes, cuya existencia fue arrasada por unos caballeros ociosos. Su desaparición los había convertido en reyes y héroes que rivalizaban con los semidioses de Grecia y Roma y la destrucción melancólica de la raza había sido ya descrita en un volumen previo.⁴ Me limitaré a los contenidos de mis notas sobre las colecciones guanches en la isla.

Una buena mañana mi señora y yo salimos en carruaje hacia San Cristóbal de La Laguna. El camino de los coches, una buena carretera moderna, en forma de sacacorchos, comunicaba Santa Cruz con La Orotava. Había sido impulsada por la intervención del General Ortega, “quién murió fumando frente al pelotón de fusilamiento”, entre 1862 y 1868. El trayecto era de 8 kilómetros de largo y se tardaba una hora y media en su recorrido. Era una empinada cuesta en forma de zigzag hasta los 2.000 pies de altitud. Su primer tramo era en línea recta. A cierta altura se encontraba la villa de Peter Pindar (el doctor Walcott), nuestro compatriota que convirtió en himno las pulgas de Tenerife. Yo hubiera apoyado a las de Tiberias. El terreno era árido. Estaba expuesto a los vientos violentos del tórrido nordeste. Su producción principal era el cactus, un monstruo fantástico con gruesas hojas ovales y aparentemente desnudas, pero con espinas y picos. Aquí y allá se veían columnas de pequeños camellos sarnosos. Cada uno llevaba unas 500 libras de carga. Caminaban por montes y valles. Todo en conjunto le daba un aspecto beduino a la escena. Los camellos habían sido introducidos desde África por Jean de Bethencourt, apodado el Grande. Comentábamos la desnudez del paisaje del lado sur de la isla, cuya riqueza era la cochinilla y las destiladeras, o filtros de lava porosa. Salvo las plantas más duras, en este lado de la isla pocas podían vivir: los espinosos y lechosos cactus, los cardos, los

y la segunda, al año siguiente, acompañando a Webb. Berthelot ayudó a un gran número de viajeros de visita a Canarias.

³ *Histoire naturelle des Iles Canaries*, por MM. P. Barker Webb y Sabin Berthelot, obra publicada bajo los auspicios de M. Guizot, Ministro de Instrucción Pública, París, 1839, en siete volúmenes, con mapas, planos e ilustraciones, sin reparaciones de gastos.

⁴ Vol. I Cap. II *Wandering in West Africa* [corresponde al primer volumen de *Viajes a las Islas Canarias* de la serie]. La modorra (letargo o melancolía), mató a muchos de estos isleños de la Nubia y sugiere la idea del salvaje pájaro canario enjaulado.

alóes y las higueras. La tabaiba (*Euphorbia canariensis*), localmente llamada cardón, comparada por algunos con el candelabro de El Cabo. Los guanches la utilizaban para drogar (dormir) a los peces. Esta lechosa planta con su jugo caústico, viscoso y virulento, tenía de compañera un pequeño arbusto cuyo efecto corregía, y que seguramente ha dado pie a la formación de la fábula isleña de la fuente gemela. La primera mataba al viajero por una especie de *risus Sardonicus*, salvo que usara la otra como cura. Una serie de cruces colocadas en cada pared y sobre promontorios, un castillo destartado, un largo camino en zigzag para carruajes, construido en forma de macadam de una manera deficitaria, con atajos más antiguos para los caballos y el puente Zurita sobre el barranco de Santos –un viejo puente reconstruido– conducía a La Cuesta, desde donde se divisaba hacia abajo la Vega de La Laguna, la nativa Agüere.

“La noble y antigua ciudad San Cristóbal de La Laguna” fundada el 26 de julio de 1495, el día de San Cristóbal por Alonso Fernández de Lugo, quien yace enterrado en la capilla de San Miguel de las Victorias, en la iglesia de la Concepción. El lugar era una antigua corriente de lava, procedente de un cráter mucho más antiguo, en un principio bajo tierra. La corriente de lava más reciente –una amplia lengua que fluye de norte a sur, adornada por pequeños cráteres– la habíamos remontado por el camino de los coches. Después de la lluvia, el lago de La Laguna reaparece con barro y lodo, y los vientos del nordeste y del suroeste confluyen sobre el borde donde nace la ciudad provocando abundantes lluvias. Aunque el viejo cronista francés dice del lugar “Je ne croi pas qu’il y eu ait en tout le monde aucune autre de plus plaisante”, la temperatura media anual es 17°C y la sensación es de frío. La altitud es de 530 metros sobre el nivel del mar. Este lugar y La Orotava escaparon de la fiebre amarilla de octubre de 1862 que causó 616 víctimas.⁵

La Laguna nos ofrecía un amplio estudio de casas señoriales medievales, de iglesias coloniales, de *ermitas* o capillas, de altares, y de conventos ahora abandonados, pero una vez repletos de franciscanos, agustinos, dominicos y jesuitas. Estos establecimientos tuvieron que ser muy ricos, porque aquí como en otros lugares,

*Dieu prodigue ses biens
À ceux qui font voeu d'etre siens.*

San Agustín, con su pequeño campanario negro, nos mostraba un *Christus Vincit* de la escuela sevillana y el instituto o colegio del antiguo monasterio contenía una biblioteca de libros antiguos y valiosos. La Concepción guardaba un cuadro de San Juan que en 1648 sudó durante cuarenta días.⁶ La blanca y

⁵ La lista de epidemias en Santa Cruz fue bastante elevada: la peste de 1521 y 1528; la fiebre amarilla de 1810 y 1862; la tosferina, la escarlatina y el sarampión de 1814; la viruela 1815-16 (2.000 víctimas); la tosferina y la escarlatina de 1825; la disentería de 1847; el cólera de 1851-62 (de 7.000 a 12.000 muertos).

⁶ Evidentemente, un sobreviviente del clásico *Aera sudantia*. La señora Murray describe el “milagro” ampliamente. (vol. ii, 76).

negra catedral, erizada con gárgolas en forma de cañón, detalle arquitectónico común de estas regiones, aún poseía el fino púlpito de mármol de Carrara enviado desde Génova en 1767. La *Chef d'oeuvre* había costado en su día £200; aún hoy, cinco veces ese precio, habría sido barato. En la sacristía estaban las ricas vestimentas usuales y otras curiosidades clericales. La ermita de San Cristóbal, construida sobre un lugar histórico, estaba adornada como era usual por un gigante portando un pequeño infante. Había una amplia explanada o *Corso*, casi desierta: la plaza del Adelantado o del conquistador Lugo. Las armas de este último, con su lanza y estandarte, se mostraban en el Ayuntamiento. No me pareció admirable su divisa o lema de caballero:

*Quien lanza sabe tener,
ella le da de comer.*

Conquistar y ganarse el pan no deberían aparecer unidos en el mismo lema. Allí también estaba el escudo de armas de Tenerife, concedido en 1510; El Arcángel San Miguel, que había favorecido al invasor, permanecía sin asarse sobre el “vómito de fuego del pico Nivariense”. Esta gran visión de la montaña vigilada era la que había dado pie a los satíricos versos de Viera:

*Miguel, Ángel Miguel, sobre esta altura
Te puso el Rey Fernando y Tenerife;
Para ser del azufre y nieve fría
Guardia, administrador y almoxarife.*

Las desiertas calles eran rectas, largas y con cunetas centrales sucias. Algunas de las casas de piedra eran altas, grandes, sólidas y solariegas, como la del Conde de Salazar, la enorme y pesada vivienda de los marqueses de Nava, y las mansiones de los Villanueva del Pardo. Pero la fiebre amarilla había ahuyentado a la mitad de la población –10.000 almas, que podrían fácilmente haber sido unas 20.000–la cual había tapiado sus casas al extraño curioso. La mayoría de ellas, revestidas y con pórticos adornados de floridos pilares, eran meros artilugios que se abrían sobre la nada, y solamente los enormes blasones heráldicos indicaban que alguna vez habían tenido propietarios. Mezclados con estos “palacios” había casas terreras y viviendas pobres y enmohecidas, cuyos herrajes oxidados, tablones astillados y ventanas rotas les daban una apariencia auténticamente triste y tétrica. El único movimiento evidente era una tendencia a gravitar en los tejados. El crecimiento vegetal más importante, favorecido por el aire cargado de vapor, estaba integrado por las hierbas en la vía pública, el musgo en las paredes, y las gruesas malas hierbas sobre las tejas. El verode (*Sempervivum urbium*), traído de Madeira, había sido descrito por primera vez por el “talentoso sueco” profesor Smith, fallecido en el río Congo. Finalmente, aunque la ciudad de los *cocineros* (como

los ciudadanos de La Laguna son llamados por los hijos de Santa Cruz), tenía sus calles anchas y regulares, y la amplia ciudad estaba bien aireada mediante cuatro plazas, su aspecto completo era muy sugestivo. Ellos [los laguneros] llamaban, como reproche, a sus hermanos rivales *chicharreros*, o pescadores del chicharro (caballa, *Caranx cuvieri*).

Desde La Laguna pasamos hacia Tacoronte, el “Jardín de los Guanches”. Allí inspeccionamos el pequeño museo del difunto don Sebastián Casilda, con objetos coleccionados por su padre, un capitán mercante *de long course*. Era un caos de curiosidades, fluctuando desde China al Perú. Entre ellos, sin embargo, había cuatro momias enteras, incluyendo una de Gran Canaria. Así pudimos corregir a M. Berthelot quien, basándose en fuentes anteriores, afirmaba que sólo los Guanches de Tenerife momificaban a sus muertos. La descripción más antigua de estos embalsamientos provenía de un “hombre juicioso y ingenioso que había vivido veinte años en la isla como médico y mercader”.⁷ Ésta fue incluida por Thomas Sprat⁸ en las *Transactions of the Royal Society*, y reeditada por John Ogilby en su enorme libro titulado *Africa*. Según Sprat, el mercader “salió de Güímar, un pueblo habitado mayoritariamente por quienes creen que proceden de los antiguos *Guanches*, en compañía de algunos de ellos, para ver sus cuevas y los cuerpos enterrados allí (un favor que rara vez, o nunca, hacen, ya que al sentir una gran veneración por los cuerpos de sus ancestros son extremadamente contrarios a que sus muertos sean molestados por alguien); pero él había hecho muchas curas de caridad entre ellos porque son muy pobres (aunque el más pobre se cree demasiado bueno para casarse con la mejor española), razones por las cuales se habían encariñado bastante con él. En caso contrario, es la muerte para cualquier extraño que visita estas cuevas o cuerpos. Los cuerpos están envueltos en pieles de cabra y cosidos con tiras de la misma, con gran curiosidad, particularmente llama la atención la incomparable exactitud y uniformidad de las costuras; las pieles quedan muy ajustadas y entalladas a los cuerpos, los cuales en su mayor parte permanecen enteros, es decir con los ojos cerrados, el pelo en sus cabezas y las orejas, nariz, dientes, labios y barbas, perfectamente conservados; solamente descoloridos y un poco arrugados. Él vio unas trescientas o cuatrocientas momias en varias cuevas, algunas de ellas de pie, otras yacían sobre camas de madera. Tenían un arte para endurecerlas (que los españoles llaman *curay*, curar una pieza de madera) que ningún hierro podía horadarla o dañarla.”⁹ Estos cuerpos eran muy ligeros, como si estuvieran hechos de paja; y en algunos cuerpos rotos observó

⁷ Era el Dr. Eden, un inglés que visitó Tenerife en 1652- Bohn's Humboldt. I. 66.

⁸ Thomas Sprat, prelado y escritor inglés, capellán del rey, deán de Westminster y obispo de Rochester, nacido en 1636. Además de un gran orador, poeta y polemista fue historiador y como tal escribió la *History of the Royal Society* de Londres en 1667, donde recoge la ascensión al Teide en agosto de 1646? de los comerciantes Philips Ward, John Webber, John Cowling, Thomas Bridges, George Cove y un sexto miembro apellidado Clapham. Sprat murió en 1713.

⁹ El mismo autor nos dice que tenían ollas de barro tan duras que no se podían romper. He oído de hechos similares entre las razas barbaras al este de Dalmacia.

nervios y tendones, además también sobresalía la ristra de las venas y de las arterias. Según el relato de uno de los más antiguos habitantes de esta isla, había una tribu que practicaba este arte solamente entre ellos, lo guardaban como una cosa sagrada y no lo compartían con el vulgo. Éstos no se mezclaban con el resto de los habitantes, ni se casaban fuera de su propia tribu, y eran también sus sacerdotes y sus ministros de religión. Pero cuando los españoles conquistaron el lugar, la mayoría de ellos fueron destruidos y el arte pereció con ellos. Solamente se heredaron algunas tradiciones. Unos pocos ingredientes fueron usados en esta labor; tomaban mantequilla (algunos dicen que la mezclaban con grasa de oso) que guardaban para esta finalidad en las pieles; hervían ciertas hierbas, primero un tipo de lavanda salvaje, que se da allí fácilmente sobre las rocas; segundo una hierba llamada *lara*, de una consistencia muy gomosa y rica en gluten, que ahora crece en las partes bajas de las cimas de las montañas; en tercer lugar, un tipo de *cyclamen* o pan porcino; y cuarto, salvia salvaje que crece abundantemente en esta isla. Éstas, con otras, majadas y hervidas en la mantequilla, se convierten en un bálsamo perfecto. Una vez preparado este bálsamo, procedían a sacar las entrañas del cuerpo (en las clases más pobres, para ahorrar gastos, extraían el cerebro por detrás). Después de realizada esta operación, lavaban el cuerpo con un *lixivium* hecho de corteza de pino. A continuación, lo secaban al sol en verano y en el invierno en una estufa, repitiendo esta operación muchas veces. Más tarde empezaban las unciones del cuerpo, tanto por dentro como por fuera, secándolo como antes; esto se continuaba hasta que el bálsamo hubiera penetrado en todo el organismo, los músculos comenzaran a aparecer por todas partes a través de la piel contraída y el cuerpo se hubiera vuelto sumamente ligero. Entonces los cosían en pieles de cabra. Los antiguos decían que se conservaban más de veinte cuevas de sus reyes y de grandes personajes con sus familias completas, aún desconocidas por muchos y que nunca desvelarían.” Por último, el médico declaraba que “se encuentran cuerpos en las cuevas de Gran Canaria, en sacos, bastantes consumidos, y no como éstos de Tenerife.”

Estas afirmaciones eran algo dudosas; aparentemente esta práctica era común al archipiélago. Enseguida nos sugería Egipto; y, posiblemente, en un tiempo, se extendía sin barreras a través del continente negro. Así el Dr. Barth¹⁰ nos cuenta que cuando el jefe Sonni Ali murió en Gurma, “sus hijos, que le acompañaban en la expedición, sacaron sus entrañas y llenaron su interior con miel, para que pudiera ser preservado de la putrefacción”. Muchas tribus en Sudamérica, Nueva Zelanda y África, preservaban el cuerpo o porciones de él mediante el horneado y otros rudos artificios. Según algunas autoridades, los menceyes (reyezuelos o jefes) eran encajonados, como los egipcios, en ataúdes. Pero en las islas se han encontrado pocos, porque los supersticiosos isleños cristianos destruyen los contenidos de las catacumbas.

¹⁰ Travels, &c, vol. iv. Pp.426-7.

En la colección del museo Casilda observé cuerpos con las facciones duras, frentes anchas, caras cuadradas, y *flavos crines* descritos por los antiguos cronistas. Dos mostraban restos de lengua y ojos (que a menudo eran azules), probando que las partes más blandas y más perecederas no se extirpaban. Había muestras del bálsamo seco y líquido. De los veintiséis cráneos, seis eran de Gran Canaria. Todos eran marcadamente del tipo llamado caucásico, y algunos pertenecían a hombres excepcionalmente altos. La forma era dolicocefálico, con los laterales más lisos que redondos; la región perceptiva estaba bien desarrollada, y la reflexiva, como es normal entre los salvajes y los bárbaros, era comparativamente pobre. La región facial parecía inusualmente grande.

Los utensilios industriales eran agujas bastas y anzuelos de hueso de oveja. El *supellex* doméstico consistía en cucharones de madera bastante cortados, y tosca cerámica, roja y amarilla, generalmente sin asas, redondeadas y adornadas con arañazos. Ninguno de estos *gañigos*, o cazuelas, estaban pintados como aquellos de Gran Canaria. También usaban pequeños molinos basálticos de dos piezas para moler el *gofio*¹¹, o grano tostado. Los artículos de vestir eran telas de hierbas, gruesas como esteras, y *tamarcos*, o falsas faldas, de pieles de cabra toscamente curtidas. También tenían ásperas cuerdas de fibra de palma, y parecían haber preferido trenzar a tejer; sin embargo, el lino de Nueva Zelanda y los áloes crecían abundantemente. Sus *mabones* se correspondían con los mocasines Indios, y hacían gorras “sugar-loaf” de pieles. Las bases de conchas, rebajadas al grosor de una moneda de corona, y mostrando depresiones en espiral, eran probablemente los collares *viongwa* que todavía se llevan en la región de los lagos de África central. Los abalorios eran de muchos tipos; algunos cilindros horadados apandados en el centro, medían 1,25 pulgadas de largo; otros de arcilla aplastados como los *wampum* americanos o los ornamentos de las tribus de Fernando Poo; y otros discos aplanados, también horneados, casi idénticos a aquellos encontrados sobre las momias de Arica (Perú) se usaban para registrar fechas y eventos. Unas pocas eran de ágata rojiza, un material que no se encontraba en la isla; éstos parecían trozos de una caña de pipa gruesa, variando de media pulgada a una pulgada en longitud. Quizás eran copias del misterioso abalorio Popo que se encontraba en la Costa de los Esclavos y en África interior.

Los guanches estaban condenados a no alcanzar la edad del metal. Su civilización correspondía a la de los chinos de los días de Fo-hi.¹² Sus principales armas eran pequeños triángulos de basalto de grano cerrado y *Iztlí* (lascas de obsidiana) para las *tabonas*, o cuchillos, ambos sin asas. Llevaban porras rudas y *banot* o lanzas de pino con puntas endurecidas a fuego. Los *garrotes* (picas) tenían cabezas con un diseño formado por dos semicírculos,

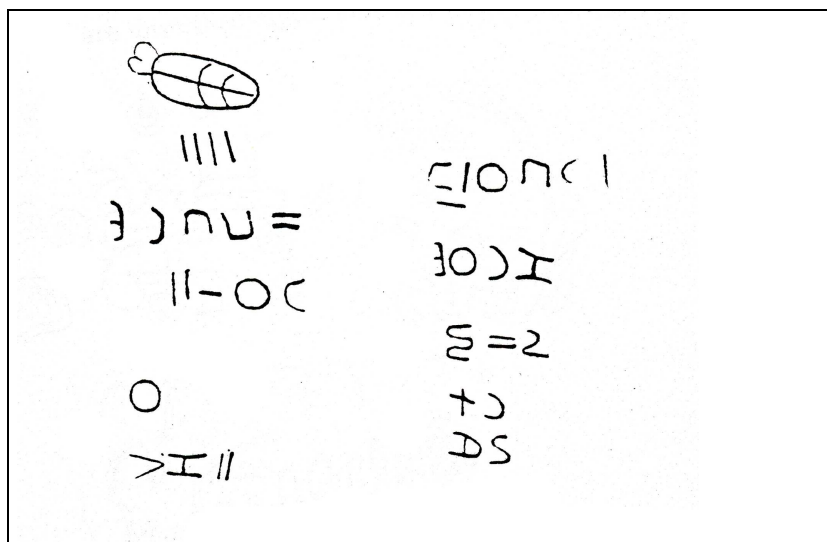
¹¹ El gofio se componía de cebada madura, tostada, majada y amasada hasta parecerse un tipo de gachas en bolsas de cuero como las tabaqueras turcas. El objetivo era salvar los dientes, de los cuales los guanches eran particularmente cuidadosos.

¹² Abel Rémusat nos cuenta que de los doscientos jeroglíficos primitivos chinos ninguno mostraba conocimiento del metal.

una figura, cuyo modelo aun se conserva entre los negros de hoy en día. Nuestro viejo cronista nos dice que la gente “saltaba de roca a roca, a veces bajando diez brazas de un salto. De este modo, primero dirigen sus lanzas, que son del tamaño de media pica, y señalan con la punta cualquier pedazo de roca sobre la cual intentaban aterrizar, algunas veces ni de medio pie de ancho; al saltar unían sus pies a la lanza, y así llevaban sus cuerpos por el aire; llegando la punta de la lanza primero al lugar elegido lo que detiene la fuerza de la caída; entonces se deslizan suavemente por el báculo y ponen sus pies en el lugar exacto que habían escogido; y así van de roca a roca hasta llegar al fondo. Pero los novatos a veces se rompían sus cuellos en el aprendizaje”.

Observé más progresos en artículos de las otras islas, especialmente de las orientales, más cercanas al continente africano. En 1834 se encontró en Fuerteventura a una profundidad de seis pies, una imagen enana de una mujer de pecho prominente y vestida al modo nativo que parecía casi china. Una olla de arcilla negra de Las Palmas de Gran Canaria mostraba una elaboración superior. Aquí, también, en 1762, se encontró en una cueva un plato de basalto con grabados circulares, lo que apoyaba las afirmaciones de los viejos cronistas respecto a que los isleños no eran absolutamente ignorantes de las letras. No pude descubrir la similitud con los peculiares caracteres bereberes, por lo que creo que son meras ornamentaciones. Los llamados “Sellos de los Reyes” eran piedras oscuras, probablemente usadas para pintar la piel; eran paralelogramos encerrados unos dentro de otros, adamascados y parrillas de líneas elevadas. De hecho, los guanches de Tenerife no tenían alfabeto.

El Hierro (Ferro), el Barranco de los Balos (Gran Canaria), Fuerteventura, y otros lugares de las Afortunadas han producido algunas inscripciones indudables. Fueron comparadas por M. Berthelot con los signos grabados en la entrada de la cueva de La Piedra Escrita en la Sierra Morena de Andalucía; con aquellas impresas por el General Faidherbe en su trabajo sobre los epígrafos Numídicos o Líbicos; con la “inscripción Thugga” de Túnez; y con los grabados rupestres del Sahara, atribuidos a los antiguos Tawárik o Tifinegs.



LAS INSCRIPCIONES NUMÍDICAS DEL HIERRO

El Dr. Grau-Bassas del Museo Canario encontró un notable parecido entre ellas y los “caracteres egipcios (cursivas o demóticas), fenicios o hebreos”. Destacó que estaban escritas en series verticales. El Dr. Verneau, de la academia de París, sugirió que algunos de estos epígrafes eran alfabéticos, mientras que otros eran jeroglíficos.¹³

El coronel H. W. Keays-Young amablemente copió para mí, con gran cuidado, un dibujo del museo de Tacoronte. Representaba un par de inscripciones guanches, aparentemente jeroglíficas, halladas en 1762 en la cueva de Belmaco (La Palma), llamada Benahoare por los antiguos. Estaban inscritas sobre dos piedras basálticas.

También inspeccioné la colección de un reconocido abogado, el Dr. Francisco María de León. De los tres cráneos guanches uno era de solidez africana, con las suturas casi obliteradas: era el modelo de la cabeza de un soldado, gruesa y pesada. La masa de bálsamo de la momia había sido estudiada, y en la misma se encontró solamente una gran proporción de sangre de drago. En el siglo XIV, Gran Canaria envió a Europa un cargamento de esta droga por valor de doscientos doblones.

Gracias a la amabilidad del gobernador se me permitió inspeccionar cuatro momias guanches descubiertas en junio de 1862 en Candelaria. Habían sido guardadas temporalmente en un sótano húmedo, donde las cucarachas no respetaban nada, ni siquiera a un guanche, a la espera de ser enviadas a España. Yo estaba acompañado por el Dr. Ángel M. Yzquierdo, de Cádiz, médico del hospital, y apuntamos lo que sigue sobre las momias:

Nº1.- un varón de tamaño moderado, al cual le faltaban la cabeza y las extremidades superiores, mientras que el tronco se reducía a un esqueleto. Los signos característicos eran caucásicos, no negroides; ni había ningún rastro del rito judío. La pierna inferior derecha, el pie y las uñas estaban bien

¹³ *El Museo Canario*, N.º. 40, Oct. 22, 1881.

conservados; la izquierda era un mero hueso, faltándole tarso y metatarso. El estómago estaba lleno de fragmentos secos de hierbas (*Chenopodium*, etc.), y la epidermis se reducía fácilmente a polvo. En este caso, como en los otros tres, las pieles mortuorias estaban cosidas toscamente con la piel hacia dentro: es un error decir que el trabajo era “como la de un guante”.

Nº2.- era de gran estatura y completo; la estructura y la forma de la pelvis eran masculinas. La piel se adhería al cráneo, excepto por detrás, donde sobresalía el hueso, probablemente a causa de haber estado durante mucho tiempo descansando sobre el suelo. Cerca del temporal derecho había otra rotura en la piel, que parecía muy deteriorada. La dentadura estaba completa, pero los dientes no estaban ni blancos ni en buen estado. Faltaban el antebrazo y la mano izquierda; la mano derecha estaba deteriorada; las extremidades inferiores estaban bien conservadas, incluyendo las uñas.

Nº3.- también era grande, muy parecida a la anterior; los miembros superiores estaban completos, y a los inferiores sólo les faltaban los dedos del pie izquierdo. La mandíbula inferior estaba ausente, y la superior no tenía dientes. Una depresión oval, de una pulgada en su diámetro más ancho, se encontraba sobre la órbita derecha. Si este orificio fuera la marca de una bala, la momia dataría de la época de la conquista y sumisión de las islas en 1496. Pero podría también ser como consecuencia de un accidente, como una caída, o del golpe de una piedra, o de un arma que los guanches usaban con gran destreza. Mr. Sprat, confirmado por Glas, afirma que ellos “lanzaban piedras con una fuerza casi tan grande como la de una bala, y ahora usan piedras en todas sus peleas como hacían antiguamente”.

Nº4.- mucho más pequeño que los dos anteriores, era la mejor conservada. Por la forma del cráneo y la pelvis nos dice que correspondía a una mujer; los brazos estaban cruzados sobre el cuerpo, sin embargo, en las momias masculinas estaban rectos a los lados. Las piernas estaban cubiertas de piel; las manos increíblemente bien conservadas, y las uñas estaban más oscuras que las otras partes del cuerpo. La lengua, como en las otras cuatro, estaba ausente, probablemente se había podrido.

Estos cráneos eran ovales. El ángulo facial, bien abierto, y entre 80 y 85°, equilibraba el gran desarrollo de la cara, mostrando de esa manera un tipo animal. Les quedaba un poco de pelo, de color castaño rojizo y lacio, no rizado. Las entrañas habían desaparecido, y al no existir las paredes abdominales, era imposible detectar las incisiones por donde las sustancias no tan balsámicas eran introducidas, según nos contaban Bory de Saint-Vincent y muchos otros. El método parece incierto. En general se creía que después de quitar las entrañas mediante un corte irregular hecho con la *tabona*, o cuchillo de obsidiana, los operadores, quienes como en Egipto eran de la casta más inferior, inyectaban un fluido corrosivo. Entonces llenaban las cavidades con el bálsamo anteriormente descrito; secaban el cuerpo y, después de quince a veinte días, lo cosían en pieles de cabra curtidas. Éste parecía ser el caso de las momias señaladas más arriba.

Las catacumbas, inviolables, excepto para los sacrílegos, eran numerosas en las partes más rocosas y menos accesibles de las islas. Mr. Addison (Alison?) las había encontrado en las Cañadas del Teide, a 7,700 pies sobre el nivel del mar.¹⁴ Hasta ahora se había dicho de los guanches que, después de un siglo de luchas, nada había quedado de ellos salvo sus momias. Esta lacónica afirmación era bastante más concisa que cierta.

Los guanches eran bárbaros, no salvajes. Los dos capellanes de Béthencourt, hablando en su crónica de Lanzarote y Fuerteventura, nos dicen “hay muchos pueblos y casas, con numerosos habitantes”. Las ruinas halladas en las islas se llaman “casas hondas” porque a una excavación central la circundaba una pared baja. El castillo de Zonzamas (Lanzarote) estaba construido de piedras grandes sin cal. En el puerto de Arguineguín (Gran Canaria) los exploradores enviados por Alfonso IV (1341) encontraron de 300 a 400 viviendas techadas con madera valiosa, y tan limpias por dentro que parecía que estaban estucadas. Éstas rodeaban un edificio mayor, quizás la residencia del jefe. Pero los tinerfeños sólo usaban cuevas.

La ausencia de canoas y otros medios de navegación en tierra guanche, de ningún modo probaba que la emigración hubiera tenido lugar cuando las Canarias formaban parte del continente. Era la misma situación que en el caso de los australianos, los tasmanos y los neozelandeses. Los guanches, al mismo tiempo, eran admirables nadadores, capaces de cruzar fácilmente el estrecho, de nueve millas de ancho, que separa Lanzarote de La Graciosa. Podían incluso matar peces con palos. El engorde de las muchachas antes del matrimonio era, y todavía lo es, una costumbre marroquí, no árabe. El rudo feudalismo se parecía mucho a la de los jefes bedauas. George Glas¹⁵, o más bien Abreu Galindo, su autor, dijo sobre sus matrimonios, que “ningún canario tenía más de una mujer, y la mujer más de un marido, contrario a lo que ciertos autores desinformados afirman” La creencia general, era que en el tiempo de la conquista la poliandria prevalecía entre las tribus. Ésta podía haber tenido su origen por su ruda comunidad de bienes, y probablemente se convirtió en una práctica local para poder limitar la población. Posiblemente, también, era exclusivo de los nobles y de las órdenes sacerdotales.

Humboldt comentó:¹⁶ “no encontramos ejemplos de esta poliandria excepto entre la gente del Tibet”. Sin embargo, él tuvo que haber oído hablar de los Nyar de Malabar, o de los Todas de las colinas de Nilgiri. D. Agustín Millares¹⁷ explica la costumbre “porque los hombres y las mujeres nacen en proporciones casi iguales.” Lo contrario sería la razón. Proporciones iguales inducen a relaciones monogámicas.

¹⁴ Alison, Robert Edward. “Tenerife : An Ascent of the Peak and Sketch of the island”. *Quarterly Journal of Science*, Jan. 1866.

¹⁵ *The History of the Discovery and Conquest of the Canary Islands*, &c. 4to. London. 1764. He dado algunas noticias del desafortunado "maestro marinero" en *Wanderings in West Africa*, Vol. 1. P. 79.

¹⁶ *Personal Narrative*, cap.1 p. 32, Bohn's ed. London, 1852.

¹⁷ *Historia de la Gran Canaria*. Publicado en las Palmas.

El erudito M. D'Avezac derivó la palabra “guanche” de *guansheri* o *guanseri*, una tribu bereber descrita por El-Idrisi y Leo Africanus. Esto era más razonable que derivarlo de la palabra celta *gwumrn*, *gwen*, “blanco”. Las autoridades más antiguas creían que era una corrupción de “vinchune”, el nombre indígena de la raza nivariense. Además, los habitantes de Tenerife se llamaban asimismo *guan* (el *wan* bereber), una persona, “Chinet” o “Chinerf”, Tenerife; así que *Guanchinet* quería decir un hombre de Tenerife, y fue fácilmente corrompido a Guanche. De esa manera se deduce que el “Capitán Artemis” de Glas era Guanarteme, el jefe principal. Viera y Clavijo deriva “Tenerf” o “Chenerf” del último rey; y los viejos manuscritos tienen “Chenerife”. Popularmente se dice que está compuesto de “Tener”, montaña o nieve, y de “ryfe”, nieve o montaña. Pritchard¹⁸ aplicó el término guanche a todas las razas canarias, y fue reprochado por cometer tal error por M. De Macedo¹⁹, quien lo aplicó solamente a los tinerfeños. Lo mismo ocurre con el Rev. Mr. Debary²⁰ y con el profesor Piazzzi Smyth²¹, quienes hablaban de los “guanches de Gran Canaria y de Tenerife”. De acuerdo con el uso popular todas eran correctas, “guanche” era el término local y general para los aborígenes de todo el archipiélago. Pero, desde el punto de vista científico estaban incluyendo bajo el mismo nombre a varias razas diferentes.

El idioma era también tema de disputa. Algunos opinaban que todos los isleños tenían una misma lengua. Otros, que ellos eran mutuamente ininteligibles. Muchos que era bereber (númida, gétulo y garamanto). Por su parte unos pocos afirmaban que era casi distintivamente semítico. Los dos capellanes de Bethencourt²² notaron su parecido con la lengua de los “moros” de Barbaria. Glas, que conocía el *shilba*, o bereber occidental, hizo la misma observación. Pero el pilotogenovés Niccoloso di Recco durante la expedición de 1344 recogió los numerales, y dos de estos, *satti* (7) y *tamatti* (8), están menos cerca del original que el de los bereberes *set* y *tam*.

El catálogo de Abreu Galindo, que vivió en las islas en 1591 e imprimió su historia en 1632, conserva 122 palabras; Viera y Clavijo solamente 107, y Bory de Saint-Vincent²³ 148. Webb y Berthelot dieron 909. De estos, 200 son sustantivos, incluyendo 22 nombres de plantas; 467 son topónimos y 242 son nombres propios. Muchos son discutibles. Por ejemplo, *sabor*, (lugar de consejo) está derivado de *cabocer*, “expression par laquelle les nègres de la Sénégambie dénotent la réunion de leurs chefs”.²⁴ Como todos saben, es la corrupción del *caboiceiro* portugués, un cabecilla.

¹⁸ *Researches into the Physical History of Mankind*, Libro III. Cap. II.

¹⁹ "Ethnological Remarks," etc. Por J.J. de Costa de Macedo, de Lisboa, *Royal Geographical Society's Journal*, vol. II, p. 172. *Wanderings in West Africa*, vol. I p. 116, contiene mis objeciones a su teoría.

²⁰ *Notes of a Residence in the Canary Islands*, etc. London, 1851.

²¹ *An Astronomer's Experiment*, p. 190. L. Reeve, London, 1858.

²² Bontier y Le Verrier, *Histoire de la première Découverte e Conquête des Canaries*. Bergeron, París 1630.

²³ *Essai sur les Iles Fortunées*. Humboldt tiene solamente cinco.

²⁴ Vol. I, part I p. 223.

Continuando nuestro camino, dejamos Tacoronte y llegamos a El Sauzal. A partir de este punto no se podía continuar el viaje el carruaje; la carretera vieja estaba en malas condiciones, y la nueva no estaba en funcionamiento. A unos hombres robustos que estaban holgazaneando y descansando por el lugar les ofrecimos un dólar por persona por llevar nuestro ligero equipaje. Sacudieron sus cabezas, envueltos en sus viejas mantas, y se estiraron al sol como los perros tras un frío paseo. No me extrañó. ¿Que necesidad tenían?. Una manta para calentarse, gofio para comer, y sobre todo, un sol brillante y un aire puro, lujos superiores y felicidades mejores que la púrpura y el lino fino. Al final, unos arrieros que pasaban nos aliviaron la dificultad.

El camino estaba lleno de laguneros, vestidos de forma distinguida con sombreros de paja; camisas de algodón, chalecos rojos con bordados en la parte posterior; brillantes fajines carmesíes; calzones blancos, con pantalones de felpa negros, ajustados por delante y por detrás; medias marrones o polainas de cuero largas ornadas con colores y zapatos sin curtir. A pesar del calor, muchos llevaban la capa guanche, una manta (inglesa) con un hilo fruncido alrededor del cuello. Las mujeres cubrían sus agraciadas cabezas con un pañuelo de algodón y deformaban sus peinados con un horrible sombrero negro. Un desagradable recuerdo de Gales. Cientos de hombres, mujeres y niños estaban trabajando en la carretera, y nos sorprendió la belleza de la raza, sus trazos clásicos, contornos ovalados, perfiles rectos, magnífico pelo y ojos grises azulados con pestañas negras. Esto no era el resultado de la sangre guanche, como me lo demostró mucho más tarde un pueblo de la parte suroccidental de la isla. Me presentaron como prototipo a un sirviente de la raza guanche de Arico, que había servido durante años en un palacio. Él medía seis pies cuatro pulgadas (1,93 m), con un ancho proporcional a su estatura; su cara era romboidal, su pelo liso, negro como la de un hindú, y su piel bronceada parecía solamente un poco más oscura que la de un portugués del Algarve. La belleza de los isleños era el resultado de la mezcla de sangre irlandesa. Durante la persecución católica antes de 1823 muchos huyeron de la Isla Esmeralda a Tenerife, y especialmente a La Orotava. La figura de la mujer joven, alta, recta y flexible como sus propios pinos, era encantadora. Todos admiraban su gracioso caminar.

Pasamos a través de lugares que habían sido famosos en los días de la conquista –La Matanza, la nativa Orantapala, donde las fuerzas de Lugo fueron casi aniquiladas–. Se hizo un alto en la mitad del camino hacia La Orotava y el carruaje se detuvo para comer y los precios estaban regulados por el gobierno. Desde la solitaria posada divisábamos el Teide, pero no el valle que estaba debajo. Luego, Acentejo, la Roncesvalles local, donde los invasores fueron salvados en última instancia por la intervención de San Miguel. Después, La Victoria, donde ellos se vengaron. En Santa Úrsula vimos por primera vez las laderas de La Orotava, Taoro o Arautapala de los guanches; y en la Cuesta de la Villa nos enseñaron la cueva que dio cobijo al

jefe patriota, el desafortunado Bencomo, cuyo emplazamiento estaba señalado con una palmera datilera. Cuando llegamos algunas personas caminaron delante y nos condujeron por el *Calvario* y la *plaza* que nos llevó a la Villa de La Orotava, para al final encontrar alojamiento en la *fonda* de D José Gobeá. La *sala*, o habitación principal, de unos 30 pies de largo, sólo necesitaba un diván oriental alrededor de las paredes. Era fácilmente convertible en un lugar tolerable para acampar, y decidimos probar la vida campestre por un tiempo.

Después de conocer la opinión de Humboldt “Voici ce qu’il y a de plus délicieux du monde”, la primera impresión del clima de La Orotava fue frustrante. Pero nuestra desilusión era la reacción natural cuando se pasa de un juicio fantástico a uno real, hecho que a menudo conduce a una mayor apreciación. Al fin aprendimos por qué los Campos Eliseos²⁵, las Islas Afortunadas, el Jardín de las Hespérides –donde el mar ya no es navegable, y donde Atlas sujeta el firmamento en una montaña tan cónica como un cilindro; la tierra del atardecer, del ocaso, donde Helios se hunde en el mar, y donde la noche alumbró a los guardianes de las manzanas doradas– eran los lugares favoritos de los poetas. Y llegamos a amar cada detalle del lugar desde el nevado Teide, resplandeciente con el sol mañanero, hasta el Puerto de la Cruz, o ciudad baja, cuyos tres arrecifes quedaban perfilados por la cremosa espuma de las olas, y cada cambio de forma o color se destaca en el aire transparente y perfumado. Las laderas intermedias estaban cubiertas con una vegetación en parte africana y en parte europea; y aquí Humboldt, al final del último siglo, propuso naturalizar la quinina.

La Villa de La Orotava estaba a unas dos millas y media de distancia del Puerto de la Cruz y a unos 1.140 pies de altitud. Las calles estaban adoquinadas y escarpadas como las de Funchal. La población variaba entre 7.000 y 8.000 almas, mientras que la ciudad baja [el Puerto] solamente tenía 3.500. Contenía unas pocas casas elegantes con enormes balcones colgantes y patios interiores que hubieran podido acomodar a un regimiento. Procedían de la “gente muy caballerosa” establecida hacía tres siglos. La población femenina parecía excesiva; la razón era que un cinco por ciento de los jóvenes iban a La Habana y después de unos pocos años volvían como “indianos”, “indios”, nuestros viejos “nabobs”.

En el Puerto de la Cruz del año 1863 fuimos muy amablemente recibidos por el difunto vicecónsul británico Mr. Goodall, que murió a la edad normal de setenta y siete años –si se superaba esta edad con incolumidad, el hombre en Tenerife se tornaba longevo–. Mr. Carpenter, que figura en el *Astronomer’s Experiment*²⁶ como “el Interpreté”, hizo todo lo posible para que nuestra comodidad fuera absoluta. Entre las escasas diversiones públicas de la Villa de La Orotava estaba la ópera. El teatro ocupaba una antigua iglesia y contaba con platea, palcos y paraíso. La “sonnambula” descendía exactamente donde había estado el altar mayor. En el Puerto un viejo

²⁵ En árabe El-Lizzat, el Deleite, o del antiguo egipcio *Aablu*

²⁶ N.T. Título del libro de Charles Piazzi Smyth.

monasterio fue elegido para “La Traviatta”; este último era tan realista como la poesía de Crabbe; incluso en la cama el desafortunado “Misled” no podía estar sin un cilindro truncado de anacardo. Yo suspiraba por la zarzuela ibérica, esa encantadora *opera bufa* que tomó su nombre de un “pleasaunce” en el Palacio del Pardo cerca de Madrid.

La dieta del hotel era básicamente española, aunque ahora estaban apareciendo los estofados y los *pulaos* del oriente. Sin embargo, el plato principal era el puchero, o cocido, que los viajeros anticuados todavía llamaban olla podrida o pot-pourri. Este *lesso o bouilli* constaba de sopa, carne de res, tocino y garbanzos en un plato, y papas hervidas y bubangos en otro. En lugar de la mostaza y los chiles, se preferían los condimentos principales: el ajo y el azafrán. Me contaron que el hojaldre es excelente.

En esos días el Gran Drago aún no había perdido su cono superior a causa de la terrible tormenta del 3 de enero de 1868; así, había superado en dos siglos y medio al laurel del Garoé, o árbol santo, el milagroso árbol de El Hierro. Estaba en el jardín del Marqués del Sauzal, que lo hubiera conservado de buena gana. Cada viajero tenía su propia receta, y el propietario se contentó con apuntalar las ramas inferiores con palos. Estaba sobre un terraplén elevado, y en el lado nordeste mostraba una cavidad enorme que había estado tapiada con piedras y cal. Casi medio siglo antes, una tercera parte se cayó, y en 1819 se cortó una rama que fue enviada, según creo, a Kew.

Cuando vimos el fragmento se parecía a una yesca o *touchwood*, o el *eld-gamall*, el mal de la piedra según los islandeses. Cerca había un par de cipreses altos, y a cierta distancia una venerable palmera, que según el Conde Gabriel de Belcastel,²⁷ “le relata, entre los susurros de la brisa las leyendas de razas largamente desaparecidas”.

Los naturalistas asignaron modestamente al viejo drago una edad de 5.000 a 10.000 años, dando así pie a finas reflexiones por haber sido testigo de las revoluciones que nuestro planeta sufrió antes del advenimiento del hombre. También Adamson situó a su calabaza como contemporánea del Diluvio de Noé, si es que ese cataclismo parcial²⁸ alcanzó alguna vez a África. La reliquia de La Orotava era de verdad un árbol viejo, además de profético.²⁹

²⁷ Cito de la traducción española, *Las Islas Canarias y el Valle Orotava*, una obra muy popular que contrasta maravillosamente con algunas de las nuestras. Este cortés francés incluso prometió que Marruecos sería la Argelia de las Canarias. Sus observaciones sobre temperatura, presión, variación, higrometría, y sicrometría del clima orotavense, que él escogió por motivos de salud, son valiosas. Él comienza con una teoría de las tres condiciones de salubridad - calor-y-frío, humedad y cambio climático. El promedio de la temperatura anual es 66°.34 (F.) la que tiene el sur de Francia en septiembre; nunca cae debajo de 50°.5 ni supera 73°.88, ni excede 13°.88 en variación [en el libro *Del Hotel Martiánez al Hotel Taoro, historia de la primera empresa turística de Canarias*, Nicolás Glez. Lemus, Búho Ediciones, Puerto de la Cruz, 2002 se encuentra publicado el texto completo de la obra de Gabriel Belcastel *Las Islas Canarias y el Valle de La Orotava desde un punto de vista higiénico y médico*].

²⁸ Los antiguos egipcios, que ignoraban el diluvio babilonio, bien sabían que todos los cataclismos son catástrofes locales, no generales.

²⁹ Se le suponía infalible a la hora de predecir el tiempo y regular el tiempo de siembra. Si florecía primero el lado sur había que esperar sequía, y viceversa. Ahora el campesino se encomendaba a San Isidro, patrón de La Orotava;; de esta manera sólo ha cambiado la forma de su superstición.

Cuando Lugo y los conquistadores entraron en el valle, en 1493, celebraron misa en su interior. Pero ese evento ocurrió solo cuatro siglos antes, y las fechas son temas delicados cuando se extraen de los anillos y arrugas de una vegetación poco estudiada. Ya Mr. Diston, en una carta al profesor Piazzi Smyth³⁰, declaró que un joven drago que había plantado en 1818, llegó a ser tan alto en 38 años, que se necesitaba una escalera para llegar a la copa. Observemos que la naturaleza, aunque sus sabios prohiban tales tipos de progresión, a veces hace saltos locales, especialmente con los cambios de clima. Hace siglos, cuando los fuegos alrededor del Teide estaban aún encendidos, y los campos de lava aún ardían, el aumento del crecimiento de los dragos, bajo la influencia del calor y de la humedad, podría haber sido el triple o el cuádruple de lo que sería ahora.³¹

El Jardín de Aclimatización o Jardín Botánico, mencionado por Humboldt³² en 1799, todavía permaneció funcionando. Fue fundado en 1788/95 por un sabio capacitado, el Marqués de Villanueva del Pardo (D. Alonso de Nava y Grimón), que con una subvención gubernamental de £1.000, tuvo que añadir £4.000 propias, aparte de las £400 anuales durante una generación. El lugar fue bien escogido, porque el *Valle Feliz* combinaba la flora del norte y la del sur, con una Nivaria de tierras de nieve sobre el mismo y una temperatura semitropical en las orillas del “Mar de los Chronos”.

³⁰ “*Astronomical Experiment on the Peak of Tenerife*,” Philosoph. Trans., part II, for 1858.

³¹ El patriarca no era “ningún gigante del bosque”. Su altura no excedía los 60 pies. Humboldt dió una medida alrededor de su base de 45 pies franceses (47 pies y 11 pulgadas inglesas). El doctor Wilde (*Narrative*, p.40) culpó al medidor y dió casi la misma medida. El profesor Piazzi Smyth, quien en 1856 lo reprodujo en una fotografía estereoscópica abominable, le calculó una medida de 48 1/2 al nivel del pie sur, 35.6 pies a 6 pies del suelo, y 23.8 pies a 14.5 pies, donde las ramas parten del tronco cónico que se estrecha rápidamente. Las mismas que decían haber sido sus proporciones en los días de la conquista. En 1866, Mr Addison le dió una altura de 60 pies, 35 1/2 pies a 6 pies del suelo, y 49 1/2 de circunferencia. El sketch de Mr. Barker Webb de 1830 fue el mejor; pero el árbol después cambió mucho. Mr. J.J. Williams hizo un hermoso dibujo en estilo escolar, con un trasfondo aparentemente prestado de Richmond Hill.

³² Pagina 59. Es lamentable que sus previsiones hayan fallado. Ni las quininas (*C. Tancifolia* y *C. Oblongifolia*) han sido naturalizados en el sur de Europa ni la colina del Durazno nos ha enviado “la protea, el psidium, los jambos, la chirimoya del Perú, la planta sensible, la heliconia, y varias bellas especies de glicerina de Nueva Holanda.”